

Constanza Ternicier

Darío Zalgade

Constanza Ternicier (Santiago de Chile, 1985) es diplomada en Edición, licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Católica de Chile, máster en Literatura Comparada por la Universitat de Barcelona y actualmente doctoranda en Literatura Comparada en la Universitat Autònoma de Barcelona. Ha publicado las novelas La trayectoria de los aviones en el aire (Comba, 2016) y Hamaca (Minimocómún Ediciones, 2015; Caballo de Troya, 2017).

El pasado noviembre presentabas en Nollegiu tu novela *La trayectoria de los aviones en el aire* (Comba, 2016), y ahora estás de vuelta por el Poblenou con la reedición española de *Hamaca* (Caballo de Troya, 2017). ¿Qué cosas cambiaron en tu vida entre una presentación y otra? ¿La Constanza Ternicier que ahora nos

trae de vuelta *Hamaca* es diferente de la que hace unos meses presentaba su *Trayectoria*?

Supongo que básicamente sigo siendo la misma, pero sí siento que ha sido muy rápido todo y tengo un estilo bastante *slow food* para mis cosas. Soy tortuga, de procesos lentos. Necesito dejar reposar. Aunque sea algo mínimo, publicar una novela siempre te pone en un punto de exposición y para mí es importante pulsar entre esa exposición y momentos más introspectivos, que es justamente cuando más conectada estoy con la escritura y la lectura. Pero esto es sólo por los *timings* editoriales. Fue una coincidencia que estas dos novelas quedaran tan pegaditas. *Hamaca* la publiqué en Chile el 2014, pero la empecé a concebir por ahí por el 2010. Y comencé a moverla aquí el 2015 junto con *La trayectoria*. Por esas cosas curiosas de la vida, la conexión con Caballo de Troya y Comba se dio casi al unísono, con unos seis meses de diferencia. Y, bueno,

Constanza Ternicier. Fotografía de Julietaferez ©



aquí estamos. No hay que dejar de celebrar ni de agradecer. Trae mala suerte.

Quienes hayan leído la edición chilena de *Hamaca* ¿la encontrarán muy cambiada en esta reedición? ¿En qué aspectos de tu obra pusiste el foco a la hora de trasladarla a *Caballo de Troya*?

¡Sí, muy cambiada! Es una gran oportunidad poder replantear una novela desde tantos puntos de vista. Como decía en el lanzamiento, te da la oportunidad, tras tomar distancia de una versión anterior, de poder decirte, decir cosas nuevas, reparar, cortar. Por ejemplo, hicimos un cambio de época: estaba ambientada en la actualidad y la trasladamos a los noventa. Esto nos permitió darle un nuevo sentido a lo que significa desaparecerse. Amparo, la protagonista de *Hamaca*, busca a su madre desaparecida. Ella se va porque «necesita ir a dar consigo misma», justo en un momento en que en Chile seguía habiendo detenidos desaparecidos. Siempre quise retratar las mezquindades de una clase social que busca la iluminación y la paz interior cuando, en realidad, tienen la escoba en su mundo y son incapaces de ver más allá de sí mismos, pero me di cuenta de que eso se volvía mucho más radical si la trasladaba de época. Por otra parte, el personaje era complejo, porque es una niña que se mete en líos de grande, dentro de un contexto sumamente desestructurado, donde nadie se hace cargo de nada ni de nadie. Amparo vive en desamparo y, sin embargo, vive urgida por querer amparar a los otros. Ella entrega una visión distinta, pero de igual modo está determinada por el contexto en que le tocó crecer. El asunto fue que discutimos mucho ese límite entre la niñez y la adolescencia, que es tan difuso. Había que dejarlo coherente. No salió muy fácil, esto de escribir una novela de formación. ¡Espero haberlo logrado! [Se ríe].

¿Qué tal se te dio el trabajo con una autora de recorrido tan distinto al tuyo como es Lara Moreno?

Por todo lo que te decía antes, le di mucho trabajo a Lara Moreno y ella ha sido muy generosa de darme la oportunidad de publicar esta novela, porque sí que creyó en ella desde el principio. Se acercó desde el puro placer de lectura y luego, pobre, vio todo el trabajo que implicaría. Para las dos, por cierto. En el largo intercambio de correos que tuvimos, siempre le decía que sólo esperaba que no la terminara odiando. Pero lo logramos; la transformamos y creo que para bien. Siempre se dice que la figura del editor ya casi ni existe, ¿no? Que ya no quedan Gordon Lish. Pero mi experiencia aquí en

España ha sido otra. Tanto Juan Bautista Durán, de Comba, como Lara Moreno, de Caballo, han sido guías que se han comprometido profundamente con mis textos. De verdad ha existido un diálogo y relibre, por lo demás, porque ellos sugieren cosas y a partir de esas sugerencias voy descubriendo cuáles son los cambios pertinentes para dar la hondura necesaria, para que no se pierda el ritmo narrativo, para que no se escape la inverosimilitud. Estoy muy agradecida con los dos. Y siempre se lo ando diciendo. Llego a ser pesada.

Mientras que *La trayectoria de los aviones en el aire* se desarrolla sobre todo entre Barcelona y Londres, *Hamaca* se sitúa en áreas más alejadas de Chile y en un entorno social muy diferente. ¿Qué aspectos de *Hamaca* llamarán más la atención de un lector que haya comenzado a leer con *La trayectoria* o que esté habituado a un prisma de lectura de corte europeísta?

Mira, esto me recuerda un poco a la polémica que rebotó con el documental de Roberto Bolaño que pasaron hace pocos días en la Filmoteca, *La batalla futura*, la tercera parte. No he visto el documental, pero sí he escuchado la entrevista que le hizo Pedro Lemebel para Radio Tierra a fines de los noventa y que, por lo visto, se reproduce en la película. Cuando se mete la crítica Raquel Olea, queda la tendalada. De alguna manera, Bolaño plantea que dividir la escritura por países no tiene sentido. Dice que ser un escritor chileno es una entelequia, o sea, algo que verdaderamente no existe, un invento. Del otro lado del ring, Olea dice que ser un escritor tiene que ver con el contexto, con una historia. Bolaño acusa esa mirada de romántica y trata de deshacerse de esa nominación. Y porque debe dolerle, ¿cómo no! A quién no le duele su país. Más cuando has sido torturado y has tenido que partir al exilio. Es verdad que la literatura, cuando conecta con algo verdadero, genuino, alcanza una resonancia universal. A mí me parece que esa resonancia universal se produce precisamente cuando más propio es el escenario del que uno habla. ¡Y qué más propio que tu país! Uno escribe más o menos de lo que conoce. Y en mi país la segregación social es tremenda. Eso está en *Hamaca*. Hay una clase alta que vive cerca de la montaña; una burbuja que, por lo demás, colinda con personas que viven en máxima precariedad. A Amparo le toca salirse de esa burbuja y recorrer un Santiago diferente. Allí hay un punto de inflexión. Desde mi experiencia, he podido ver ese contraste. No fui ni la *neohippie* que

vivía en una comunidad ecológica y tenía unos padres supervolados que no salían de sus casas llenas de libros y antigüedades, como los papás de Amparo; ni tampoco me tocó vivir en una toma o en lo que aquí llaman cha-bolas. Vivía en la comuna de Peñalolén, en esas típicas villas donde las casas son más o menos iguales. Veía a la gente de la toma que estaba unas cuadras más abajo y, un poco más arriba, chalets con cerca para que no les fueran a entrar a robar. En medio de todo, en la misma villa nuestra, y para que veas como son las cosas, estaba la Villa Grimaldi; un ex centro de tortura. Cuando era chica, era un recinto cerrado, clausurado, no se podía entrar. Ahora lo convirtieron en un parque por la paz.

¿Cabe entender la figura de Estela como una suerte de bisagra entre dos mundos?

Me di cuenta de que el foco para sostener una ley de valores, hacer toda la crítica de clase que subyace a la novela y que supongo no había quedado muy clara en la versión anterior, podía ser el personaje de la Estela. ¿Cómo entra a la vida de Amparo? Por medio de una práctica muy común en nuestros países, que es la de tener a alguien que cuida de los niños y hace las tareas domésticas. Eso ocurre ya sea porque se tiene mucha plata o, como me pasó a mí, que también tuve una Estela en mi casa, porque tus papás trabajan todo el día y no queda de otra. Ella representa la ternura y el criterio. Intenta cuidar de la protagonista, protegerla, levantarle un muro de contención. Hay un capítulo en que se la lleva a su casa a un funeral, porque no la puede dejar

sola. No está la abuela, que es la figura parental que tiene Amparo, y el padre está en la suya armando sus puzzles. Allí, en ese viaje al otro lado de la ciudad, a la zona poniente, Amparo conecta con una realidad mucho más concreta.

¿Qué dificultades plantea construir la narración desde el punto de vista de una preadolescente? ¿Y qué ventajas aporta la elección de esta perspectiva?

Es lo que te decía antes. Uno intenta meterse en el pellejo de un niño, pero se le escapan sus propias impresiones. Ese es en cierta manera el juego. Andrea Jef-tanovic, una autora que admiro mucho y que Comba tiene en su catálogo, escribe un ensayo el 2011, *Hablan los hijos...*, donde se refiere a la perspectiva infantil en la literatura contemporánea. Considera a los niños como sujetos subalternos y que ocupan un lugar de enunciación que siempre va a estar permeado por el discurso de los adultos. Usar la voz de un niño es finalmente una estrategia de escritura, porque es el autor quien viene a tomar la voz del otro, tal como sucede con el sujeto subalterno. A pesar de todo esto que te digo, me ha pasado que después de tanto tiempo dándole vueltas al personaje, Amparo casi tomó vida propia. Ahora resulta que es una mezcla entre Lolita y Alicia. Se me anduvo pegando un estirón, la Amparo [risas].

¿Cuánto hay de Constanza Ternicier en sus narradoras Amaya y Amparo?

En Amaya, la protagonista de *La trayectoria*, sí que hay bastante. Te lo comenté alguna vez, es mi lugar de pertenencia. En Amparo, te diría que hay cosas, pero no tantas. Amparo habla mucho, no tiene filtro, es como que le apretaron *play* y no paró. Anda haciendo asociaciones libres a partir de cualquier cosa. Creo que yo soy un pelín más reservada. En los personajes que rodean a Amparo también puede que haya cosas mías o de las personas que conozco. La mamá, por ejemplo, que necesita estar sola, su espacio, y le cuesta sostener una maternidad y una relación de pareja. No soy madre, pero no la juzgo; al contrario, en un punto la entiendo. Estela, por ejemplo, viene del campo. Mi familia materna viene del campo también, del norte. De Hueltelauquén. Qué sé yo.

¿Cómo se están percibiendo en Chile tus recientes éxitos literarios en España? ¿De qué manera se van siguiendo los recorridos de autoras como Lina Meruane, Alia Trabucco

Constanza Ternicier. Fotografía de Diego Zelgón ©



Zerán o vos misma, que están desarrollando gran parte de sus carreras lejos del país, frente a los de autores como Bruno Lloret o Diego Zúñiga, que están establecidos fundamentalmente en Chile?

A ver, Lina Meruane ya tiene una trayectoria bastante consolidada. Es una autora muy suspicaz e inteligente. Me gusta sobre todo como ensayista y cronista. Alia Trabucco, más joven, tiene una filiación con Meruane. Han compartido en NYU y juntas formaron Bruta Editoras. Ellas se mueven un poco en ese concepto de literatura transnacional que hablábamos antes, desde Nueva York y Londres respectivamente, pero que obviamente siempre está en tensión con Chile. Alia me parece una narradora tremenda. Nos conocemos de talleres literarios, somos amigas y he visto cómo ha ido evolucionando como autora. Espero con ansias su próxima novela o lo que sea que se le ocurra escribir. Ahora bien, no me pongo a la par de ninguna de ellas. Me parece que soy una autora con menos trayectoria y menos «madurez literaria», por así decirlo. Comulgo con sus lugares de enunciación, pero no creo que tengamos la misma voluntad de estilo. Luego, Bruno Lloret y Diego Zúñiga no han migrado, pero sus literaturas han cruzado las fronteras. Lloret es más experimental y visceral. Me gusta. Tiene esa cosa más sucia que me atrae. A Zúñiga, y lo hablábamos el otro día, estaría bueno verlo probando con el guión de cine. *Camanchaca* me parece una muy buena primera novela. Hay que darles un poco de aire a los autores jóvenes. Me encanta el ímpetu que tenemos como generación, pero creo que es importante el reposo. Tiene que ver con lo que te decía al comienzo.

Inversamente y aprovechando que vos los estás estudiando desde acá, ¿te parece que en España se tiene buena percepción de los autores chilenos contemporáneos? Pienso por ejemplo en Paulina Flores, Simón Soto o Romina Reyes, escritores de gran nivel de esta nueva generación chilena que también están comenzando a despuntar lejos de su país.

En España hay una buena disposición frente a la literatura latinoamericana, sí. Cataluña es un poquito más cerrada, porque se define a sí misma desde los límites. Sin embargo, es indudable que aquí se le está dando una visibilidad importante a los autores de América Latina y hay todavía una gran valoración de la cultura. De hecho, el CCCB sigue siendo uno de los bastiones de esa valoración aquí en Barcelona. Pese a esto, me gus-

ta mantener la duda y soy un poco escéptica con los booms. Somos muy jóvenes y hay que dejarnos hacer y ser. Sin duda, son tres buenos cuentistas, los que me mencionas. Lo que hago en mi tesis, por ejemplo, es dar cuenta de un «estado de la cuestión», intentar anticipar desde dónde se van a ir definiendo las intenciones de este grupo, y reconozco los puntos álgidos de sus narrativas, pero tampoco vengo a encumbrar a nadie. Los cuentos «La pesadilla del mundo» de Simón Soto y «Talcahuano» de Paulina Flores me gustaron mucho. A Romina Reyes no la tengo muy fresca, pero según recuerdo estaba bien. Igual viste que hay los libros que pasan como un soplo y otros que te marcan, te modifican, te sacuden. Esa última es la literatura que más me interesa.

Estás finalizando tu doctorado en la Universitat Autònoma con una tesis sobre literatura chilena contemporánea. ¿Hacia dónde te gustaría orientar tu investigación académica cuando hayas concluido esta etapa formativa en Barcelona?

He pensado en ir trazando genealogías que fueran conectando las nuevas propuestas de los autores más jóvenes con ciertos hitos de la tradición literaria chilena. Siento que la tradición a uno le entra un poco por osmosis, más allá de las lecturas, que es obviamente la forma más concreta de filtrar esa tradición. Luego, hay autores que son conscientes de eso y otros que no. Me gustaría explorarlo.

Hace poco me comentabas que estabas preparando el trabajo de tu tercera novela. ¿Hay alguna cosa que quieras adelantar de este proyecto?

Como te decía antes, uno escribe sobre lo que conoce, o bien investiga a partir de una motivación, de algo que le perturba, que le incomoda. Y a mí últimamente me perturba mucho la similitud que puede llegar a existir entre los catalanes y los chilenos. A medida que me he dado cuenta de eso y he empezado a desmitificar este lugar, han ido creciendo mis ganas de escribir al respecto. Me gustaría que eso fuera a partir de una historia coral donde distintas personas que pululan por aquí, migrantes de fuera o dentro de España, pudieran ir tomando la voz, aunque sea mediados por un narrador en primera o en tercera. Aún no lo tengo claro. El libro de referencia sería *El síndrome de Ulises* de Santiago Gamboa o, en menor medida, *La Colmena*, de Camilo José Cela.